

á todas horas y tiempos, sin perder jamás ni ocasión á su celo ni el puesto á su ministerio, hasta concluir con los que le esperaban; tan perseverante y sufrido, que una persona grave dijo: «El P. Juan Pérez, en ocupando silla de confesonario, y aplicando la mano al rostro, ni sabe cansarse, ni causa, ni descansa.» Siempre se mostró pronto á cualquier ministerio que le enviase la obediencia, y tan vigoroso como si su edad fuese de mozo; de suerte que hasta el día penúltimo de su vida estuvo confesando, y del confesonario se fué á la cama para morir, dentro de dos días que le duró la enfermedad. Murió de edad de setenta y tres años; los cincuenta y cinco de religión, y los cuarenta de profesión de cuatro votos.

Lo otro, en que mostró los quilates de su verdadera religión y virtud, fué en la angelical pureza que siempre guardó hasta el último espíritu, guardando excelente fidelidad á Dios y á su religión, donde acabó tan puro como cuando nació, según entendieron sus confesores. Heroico instrumento fué del brazo de Dios y ayuda singular de Nuestro Padre San Ignacio, á quien dedicó siempre los mayores fervores de su devoción, y en cuyo altar siempre que podía decía Misa, con tan devoto reposo, que movía á sus oyentes á semejantes afectos. Efecto fué del singular amor que á nuestro Santo Padre tuvo, el seguir siempre en todo á la Comunidad, causando á toda ella edificación el verle tan observante en sus reglas, puntual en su obediencia, humilde en sus mayores estimas, paciente y sincero en su trato, devoto en su conversación, llano y apacible con todos, con que se hizo amable á Dios y á los hombres. Pasó intensos dolores en su última enfermedad, sin dar muestras de ellos, ni de repugnancia en recibir los medicamentos, que fueron muchos los que se le aplicaron. Su preparación para morir fué tan segura, que no duró su confesión general, para recibir todos los Sacramentos, lo que una ordinaria reconciliación para celebrar. De esta suerte, bien dispuesto y asistido de todos, pasó de esta vida mortal á gozar de la eterna, dejándonos muy seguras prendas de su descanso con su santa ejemplar vida.

CAPITULO XI.

DE OTRAS MISIONES QUE Á PUEBLOS DE ESPAÑOLES É INDIOS,
EN EL ARZOBISPADO DE MÉXICO,
HAN HECHO LOS PADRES DE LA CASA PROFESA DE LA COMPAÑÍA.

Hasta aquí hemos escrito el discurso de una Misión que se ejerció en medio del ruido é incomodidades que trae la inquietud de las armas consigo, aunque no ajena del celo santo del bien de las almas y caridad cristiana, que en todo tiempo y ocasiones los santos han ejercitado; pues del esclarecido Patriarca Santo Domingo leemos en su historia, que en medio del ruido de las armas que gobernaba el católico Conde Monfort, contra los enemigos de la Iglesia, el santo ejercitaba sus ministerios apostólicos para mucha gloria de Dios, y en favor

y para mucho bien de los que andaban en el ejército de los católicos. Habiendo, pues, yo escrito de la Misión que se hizo en la empresa y milicia contra los negros alzados que infestaban á fieles cristianos, haremos ahora relación de otra alguna Misión más quieta y pacífica, de las muchas que de este género han hecho los Religiosos de la Compañía de la ciudad de México. Porque aunque las ocupaciones de los Padres de la Casa Profesa son tantas como las que atrás quedan dichas, con todo, un Padre y un Hermano salieron de ella á Misión el año de 1616 á las minas de Sultepec, donde se detuvieron cuarenta días, en los cuales todos los domingos y fiestas por la mañana juntaba el Padre todos los indios de las haciendas de minas y de los pueblos sujetos (de los cuales sólo los criados de los españoles pasaban de seiscientos), los llevaba en procesión por todas las calles, cantando el mismo Padre la doctrina en su misma lengua y respondiendo ellos; y en llegando á la Iglesia, se les hacía una explicación de los principales misterios de nuestra santa fe, enseñándoles el modo de confesarse. Los mismos días, acabada esta doctrina y juntos todos los españoles, hombres y mujeres (que eran muchos), les predicaba á la Misa mayor; y á las tardes de los domingos y fiestas, congregando todos los niños del pueblo. salían en procesión por todas las calles, cantando el Padre y respondiendo los niños, hasta que, vueltos á la Iglesia, les hacía preguntas y declaraba el catecismo, á que asistía el Alcalde mayor del partido con toda su casa y los vecinos del pueblo. Después de catequizados los niños, el Padre hacía una plática al mismo propósito, con no pequeño provecho de sus almas y edificación de la gente que concurría.

A indios y españoles se publicó en esta ocasión el Jubileo de las misiones que en este tiempo venía prorrogado, y para mayor solemnidad de este ministerio, dispuso Dios que este día llegase á estas minas el señor Arzobispo de México que venía visitando su Arzobispado, y celebrando Su Señoría la Misa, predicó el Padre y publicó el Jubileo, de que quedó su Ilustrísima sobremanera edificado; alabando á Nuestro Señor por los peregrinos medios (como Su Señoría decía) que la Compañía hallaba para hacer bien á las almas, y ponderando el provecho que en todas partes adonde llegaba hacía á sus ovejas; holgó hallarse esta vez presente y ver el fruto de las doctrinas y sermones; y á su partida ofreció al Padre, y en él á toda la Compañía, que de su parte alentaría un ministerio tan loable, como el que á su vista tenía. Aprovechándose todos de la ocasión, ganaron con gran fervor y devoción el santo Jubileo, lo cual, y los demás ejercicios santos que se hacían, fué de grande edificación á nuestros Religiosos y personas eclesiásticas y seglares, que con ocasión de celebrar aquí órdenes el señor Arzobispo, concurrieron de todas partes de la Provincia, y porque hubiese más comodidad, se señalaron diversos días de ganar el Jubileo á los indios y españoles; y con todo, fué necesario gran trabajo del Padre beneficiado y ayuda de otros Sacerdotes, para dar recaudo á las confesiones y comuniones, trabajando por algunos días continuos en confesar desde las cuatro de la mañana hasta las doce de la noche. Pasó la misión á otros lugares y Reales de minas de Pachuca, Tasco y San Juan del Río; en esta última fué grande el fruto que con sus sermones hizo el Padre: enmendáronse pecados públicos y se movió la gente á gran concurso de confesiones generales; una principal per-

sona que salía del lugar para viaje largo, dijo al Padre que quería él y toda su gente confesar y comulgar el día antes de la partida, por tener en el viaje buen suceso; así lo hicieron, y parece que de contado les quiso satisfacer Dios Nuestro Señor esta buena disposición, porque el mismo día de la partida, yendo en una carroza marido, mujer é hijos, bajando una cuesta, arrancaron con tanta fuerza las mulas, que cayeron unos sobre otros, y los que con ellos iban los tuvieron por muertos; mas salieron libres y sin lesión alguna de este peligro, lo cual atribuyeron al Santísimo Sacramento que habían recibido.

Otro Padre pasó á las minas y Reales de Pachuca y Tasco, y en los pueblos de indios, que en el camino halló, hubo de detenerse por haber hallado en ellos grande enfermedad, y por falta que en esta ocasión había de Ministro, muchos habían muerto sin Sacramentos. A los sanos hacía plática el Padre, y luego los iba confesando para que quedasen dispuestos á la voluntad de Nuestro Señor en su salud ó enfermedad, gastando todo el día y buena parte de la noche, confesando, visitando y oleando los enfermos en las minas de Pachuca; gastó el Adviento confesando y predicando á españoles é indios, ganando todos el Jubileo de las misiones, y era tal el fervor con que acudían á los sermones, que con predicar el Padre al amanecer, estaba ya á aquella hora la Iglesia llena de gente, con tan buen afecto, que aun á las tardes, á la doctrina de los indios, se congregaba tanta gente, que para satisfacer su gusto era fuerza hacerles dos pláticas y sermones. Vino allí el barrio de otro Real de minas á buscar al Padre con algunos vecinos de él, y haciendo tanta instancia, que fué fuerza ir á tener con ellos la Pascua, quedando bien lastimados los que dejaba, cuanto gustosos y alegres los que le recibían; y aunque las nieves y fríos de este puesto eran grandes, y su sitio sobremanera áspero y estar la Iglesia muy desacomodada, y por esta causa dudaba el Padre que aquí hubiese de ser abundante su cosecha; mas la devoción del pueblo venció sus temores, porque casi no faltó nadie tarde ni mañana á los ejercicios santos de este tiempo. Celebróse la noche de Navidad con música, danzas y regocijos muy compuestos, sin las demasías que los españoles suelen hacer, y borracheras que los indios, en semejantes ocasiones, acostumbran; con que no poco se admiraban ellos de sí mismos por tal compostura de costumbres.

Fueron muchas las confesiones generales, y de mucha importancia; las más de ellas fruto de los sermones, en particular de uno que se predicó de la vida de Santa Pelagia, en que se redujo una mujer bien moza y semejante á aquella Santa, pecadora en el cuerpo y en el alma; y en la convención por los extremos que hacía de sentimiento y dolor de sus pecados, y por quitar la principal ocasión de su mal vivir, se resolvió y fué á vivir á otro pueblo bien apartado y distante.

En otro Real halló el Padre tanto acopio de Ministros, que parecía no ser necesario su socorro, y dudaba pasar á otra parte, porque ni aun posada hallaba, ni modo de principiar sus sermones y doctrinas ordinarias; mas estas dificultades le hicieron al Padre avisado y advertido, para inferir de ellas, que en aquel pueblo se quería servir Nuestro Señor, á pesar del común enemigo que le impedía. Resolvióse de ir á un hospital pobre y que se estaba cayendo; allí aliñó una Iglesia pequeña cercada de árboles, que hicieron sombra á los auditorios, gozándose, en medio de tanta incomodidad y pobreza, el mejor sitio y

más acomodado que se podía desear. En fin, predicó el Padre los miércoles y domingos, y se hizo la Doctrina los miércoles por la tarde á los españoles y á los indios; se acudió á unos y otros con increíbles concursos; quitáronse muchos abusos, especialmente uno, que ni la justicia ni los Sacerdotes habían podido remediar en muchos años, porque el entretenimiento de las fiestas y domingos, no era otro que dividirse en cuadrillas y bandos, y armarse para continuas peleas, poniendo su felicidad en matarse los unos á los otros; mas desde el primer sermón que el Padre predicó, avisado de este abuso, y reprendiéndole, se deterró del todo; predicóseles á los indios los domingos, en que tienen su mercado universal, concurriendo de los pueblos y Reales comarcas, y por eso se les predicó á la puerta de la Iglesia mayor; hicieronse también sus Doctrinas, á que concurrieron todos, grandes y pequeños, con tanto sosiego y devoción, que los españoles entraban con los indios, siguiendo la procesión, y haciéndoles sermón al fin de ella.

Ganóse también aquí el Jubileo de las misiones con gran devoción y fruto, porque no quedó quien no le ganase, dando gracias á Nuestro Señor por haberlo hecho, y por el ejemplo que se había seguido de la enmienda de costumbres y pecados públicos, que se evitaron enemistades, que se compusieron honras y haciendas restituidas.

De estas minas pasó el Padre á las de Tasco, donde anduvo predicando y confesando en siete pueblos, acudiendo la gente á los sermones, pláticas y doctrinas, confesiones y á los demás ministerios, con los mismos fervores que atrás quedan dichos, y aun en estos pueblos fué más copiosa y general la cosecha, en particular en aprovechamiento de los indios. Porque era muy de ver, que como ya tenían noticia de la venida del Padre, en cada pueblo hallaba procuradores que habían venido de los demás, pidiéndole no les privase del beneficio de su doctrina, trayendo cabalgaduras y viático para los que le acompañaban, y cuando ya conségñan el llevarle á sus pueblos, en asomando á vista de ellos, comenzaba la música de campanas, trompetas y chirimías; y cuando llegaban más cerca, salían á gran trecho todos los principales y caciques; los varones con ramilletes y sunchiles y sartas de flores, que á su usanza ofrecían á los Padres, y pendones ricos de sedas de varios colores. A las entradas de los pueblos, estaban las mujeres en dos hileras, y en viendo venir á los Padres, se hincaban de rodillas, y con raras cortesías, que en su lenguaje reverencial tiene la gente mexicana, los saludaban y agradecían su venida; hacíanlas levantar los Padres, y ellas, levantándose y descogiendo las indias sus cobijas, y los hombres sus mantas labradas que usan, las tendían en el suelo y cubrían todo el camino, al modo que el día de Ramos fué recibido el Señor en Jerusalén; y aunque veían desviarse los Padres, no cesaban de proseguir hasta entrar en la Iglesia con su ceremonia y devoción. Luego que entraban, era tanto el regalo de presentes y comida que aquí les ofrecían, que había para repartir á los muchos forasteros que de los otros pueblos venían siguiendo á los Padres para oír las doctrinas y sermones. Porque cuando salían de un pueblo para otro, les seguían tropas, de los primeros, sin poderlos persuadir á que se volvieran á sus casas, y muchos llegaban hasta dejarlos en la posada; otros hacían asiento en cada pueblo donde paraban. Entre esta gente sucedió un caso bien particular, y fué: que vino una india bien

acompañada hasta otro pueblo donde estaban los Padres en la Iglesia confesando con gran concurso de gente, y púsose á los pies de uno de ellos con tantas lágrimas y sollozos, que en buen rato no se pudo dar á entender su intento, hasta que habiéndose quietado, dijo: ¿qué había de hacer ella y cómo se había de salvar, si le faltaba la compañía de los Padres? Que ¿quién le había de enseñar el aprovechamiento de su alma? Consolábala el Padre, industriándola en el temor de Dios y en algunas devociones y en el afecto á los Santos Sacramentos, dándole orden de cómo había de hacer algunas penitencias, satisfaciendo á sus dudas y preguntas, en que mostraba bien el deseo de su salvación; finalmente, mientras duró la misión no cesaban de noche ni de día las confesiones de sanos y enfermos, y en todas partes se ganaba el Jubileo de las misiones. Y pudiéramos referir aquí otras muchas muy semejantes á ésta, que por los Padres que moran en nuestras casas de México se han hecho, si no pretendiéramos la brevedad; contentándonos con escribir el abundante fruto de ésta, que sea muestra de otras casi innumerables que en la forma dicha se han hecho en varios tiempos y pueblos del Arzobispado.

CAPITULO XII.

OBRAS MILAGROSAS QUE DIOS NUESTRO SEÑOR,
POR LOS MERECEMIENTOS
DE SU GRANDE SIERVO Y PATRIARCA NUESTRO,
SAN IGNACIO DE LOYOLA,
SE HA DIGNADO HACER EN EL REINO DE LA NUEVA ESPAÑA.

§ I.

Milagros varios, que por la intercesión del Santo ha obrado Dios en beneficio de la salud de cuerpos y almas.

Siendo esta historia, como lo es, historia de obras santas, de trabajos evangélicos, de frutos copiosos que los hijos de San Ignacio, nuestro Padre, ayudados de la divina gracia y de la doctrina que aprenden en la escuela de su santo Patriarca, han cogido para el Cielo en la extendida Provincia de la Nueva España, no será fuera de propósito que en la historia de esta misma Provincia se escriban y publiquen las maravillosas obras que el Santo en ella desde el Cielo ha obrado, ó por mejor decir, Dios por sus merecimientos y para gloria de su grande siervo, ha manifestado en este Nuevo Mundo.

Y aunque podemos añadir que no falta razón y título para decir que todas las obras maravillosas, acciones insignes, ejemplos admirables que se cuentan por toda esta historia, que han obrado los hijos de la Compañía en el Reino de la Nueva España, todo esto le pertenece á nuestro Padre San Ignacio; á la manera que la sabiduría de

los discípulos pertenece y es gloria de los maestros de quien la recibieron, y la nobleza y riqueza que recibieron los hijos se la deben á sus padres; pero porque nuestro glorioso Patriarca no sólo ha ayudado á este extendidísimo Reino por medio de tantos hijos santos y varones ilustres que en él han trabajado y florecido en santidad y letras, sino que por sí mismo en muchas y varias ocasiones ha obrado insignes beneficios y obras maravillosas, tenemos por debido y justo, que esas maravillas, para gloria de Dios y de sus santos, se publiquen en esta historia, y como en otras se han publicado las que en otras varias Provincias y Reinos ha obrado, así no queden en silencio las que en éste de la Nueva España, por medio de su intercesión, la divina Bondad ha manifestado. Imitando en esto al gran Pontífice de la Iglesia, San Gregorio, que aunque tan ocupado en tan grandes obras como las que hizo en beneficio de la Santa Iglesia, se puso á escribir, en cuatro libros, las milagrosas que en el Reino de Italia obró su Padre San Benito.

Y aunque es verdad que si quisiésemos contar y juntar aquí todas las maravillas que Dios Nuestro Señor, por los merecimientos de su gran siervo Ignacio, ha obrado en esta Provincia, fuera hacer una prolija historia; pero no es razón que por ser tantas, todas se queden en silencio y olvido sepultadas; y así, nos contentaremos con coger de ellas las más ilustres, memorables y señaladas; y pareció este lugar más á propósito para escribirlas, porque como vamos tratando de los trabajos y abundantes frutos espirituales que los Religiosos de nuestra Casa Profesa (que es la cabeza de la Provincia), por medio de sus ministerios han cogido, viene bien que juntemos á las obras santas de estos hijos las obras maravillosas de su Padre, que como tal desde el Cielo los favorece, los ayuda y gobierna. Y advierto que no repetiré aquí los casos maravillosos que en nuestra historia de los Triunfos de la Fe escribí haber obrado nuestro Santo Padre en aquellas misiones entre bárbaros, como ni tampoco escribiré los que han sucedido en otras Provincias fuera de la Nueva España. Y daremos principio por una obra milagrosa, que fué muy célebre, manifiesta y con no pocos testigos comprobada. «En la ciudad de México, año de 1611, cayó una doncella tan gravemente enferma, que su padre (que era médico) no le daba á su hija más que tres horas de vida, y al parecer no se engañaba, porque la enferma tenía ya perdida el habla y juntado el pecho; y estando de esta suerte, llegó un Padre de los nuestros con la firma de nuestro Padre San Ignacio, y puesta sobre la enferma, en tanto que hacía la recomendación del alma (porque ya había llegado á esos términos la enfermedad), cuando todos pensaban que se moría, se quedó dormida, y de allí á un rato, la que no hablaba, despertó con el nombre de San Ignacio en la boca y libre de calentura y del peligro de la muerte en que estuvo. Y en hacimiento de gracias por este beneficio, hizo la devota doncella voto de ser Religiosa, y lo cumplió, después de haber hecho unas novenas y ofrecido un voto de cera al altar del Santo Padre.»

No fué menor peligro de muerte del que se libró en la misma ciudad y en el mismo año, un día, víspera del de nuestro bienaventurado San Ignacio, y por su devoción, un hombre honrado, enfermo, que estando descuidado en su casa y en su cama á solas, entró de repente un enemigo suyo con la espada desenvainada á matarle, y viéndose